

ditos y envió embajadores á los tlaxcaltecas con suntuosos regalos, procurando su reconciliación.

En el Senado de Tlaxcala se dividieron los ánimos. Xicotencatl se inclinó á los mexicanos decidido; Mexicatzin tomó el partido de los españoles, á tal punto, que en una discusión ardiendo en ira, descargó recios golpes sobre Xicotencatl y le mandó aprehender.

El Senado rechazó las propuestas de los mexicanos sobre que rompieran los tlaxcaltecas su alianza con los españoles, quienes luego que supieron la conducta de Mexicatzin se le mostraron profundamente agradecidos.

Los españoles ganaban terreno en el corazón de los tlaxcaltecas; cuatro jejes de la República: Mexicatzin, Xicotencatl el viejo, Tlehuitzolotzin y Citlalpopoca recibieron las aguas del bautismo, y con ellas los nombres de D. Lorenzo, D. Vicente, D. Gonzalo y D. Bartolomé.

A pesar de las ventajas, la disminución de sus tropas, sus enfermedades, la pérdida de los tesoros adquiridos y la presencia de un riesgo tan inminente, hizo que se presentaran síntomas de descontento, y éste fué un trance congojoso para Cortés.

Apresúrase diestro á ahogar aquella conspiración; pintó á sus tropas una perspectiva risueña, y fué tan diestro á la par que tan enérgico, que conjuró esta tan terrible tempestad.

Algunos pueblos indígenas que se habían aliado á Cortés, al ver sus desgracias, se convirtieron en sus más ardientes enemigos. Entre ellos se distinguían los de Tepeyacac, hoy Tepeaca, al punto que obligaron al conquistador á hacer una salida contra ellos.

Xicotencatl el joven, arrepentido de la conducta que había observado con Cortés, le ofreció sus servicios contra los de Tepeyacac, y éste los aceptó poniéndolo en libertad.

Reuniéronse á Cortés, al emprender estas expediciones, como 150,000 aliados, y recorrió victorioso, después de varios encuentros, Zacatepec, Acatzinco y otros pueblos, fundando en Tepeaca

ca la ciudad de *Segura de la Frontera*, cuyo acto se redujo á nombrar magistrados españoles. Carlos V le concedió honores de ciudad en 1545, y cuando escribió Clavijero pertenecía al marques del Valle.

## LECCION NOVENA.

Cuitlahuatzin pretende oponerse al paso de Cortés.—Alianza de varios pueblos.—Combates parciales.—Triunfos de Cortés.—Sandoval en Veracruz.—Derrota de Salcedo.—Peste de viruelas.—Muerte de Cuitlahuatzin.—Sube al trono Cuauhtemotzin.—Marcha Ordaz á España.—Sube al trono acolhua Coatnacoatzin.—Marcha de Cortés á México.—Llegada á Texcoco.—Adhesión de Ixtlilxochitl á los españoles.—Ataque á Ixtapalapan.—Alianza de Cortés con varios pueblos enemigos de México.

Las tropas que quedaron guarneciendo á Segura de la Frontera se retiraron de ella á causa del gran número de enemigos que la cercaron. Al tiempo de retirarse distinguieron en las alturas del pueblo de Coahquecholan un numerosísimo ejército de mexicanos, y supieron que en persona lo mandaba Cuitlahuatzin con el objeto de impedir el paso á Cortés.

Coahquecholan era una ciudad considerable, muy amena, y no ménos fortificada por la naturaleza que por el arte. Por un lado la defendía un monte elevado y escabroso, y por el otro dos rios poco distantes entre sí. La ciudad estaba circundada de un fuerte muro, no pudiéndose penetrar sino por cuatro puertas perfectamente colocadas, de modo que no debilitaban la defensa.

El Señor de Coahquecholan, amigo de Cortés, envió una embajada declarándose vasallo del rey de España y pronto á servirle, pero que se lo impedía la presencia de aquel ejército formidable y enemigo, al que combatirían si recibían algun auxilio.

Cortés se mostró reconocido y envió á Cristóbal de Olid con unos cuantos soldados españoles y cerca de 30,000 indios aliados.

Olid, al marchar al desempeño de su comisión, recibió á los huexotzincos que espontáneamente se le incorporaron; pero sean sus antiguos desengaños, sean algunas apariencias, Olid temió una celada, mandó aprehender á los huexotzincos y que se le remitiesen á Cortés.

Olid quedó á la expectativa con sus tropas en gran desaliento; Cortés hizo las averiguaciones correspondientes, y probada la inocencia de sus aliados, los llenó de consideraciones y se determinó él mismo á dar cima á aquella expedición.

Dió el aviso respectivo á sus amigos y se puso en marcha: luego que supieron los de Coahquecholan la proximidad de Cortés, embistieron contra los mexicanos con tal furia y con tan buen éxito, que le salieron á recibir conduciendo cuarenta prisioneros. Los mexicanos no se rendían; hubo varios combates parciales en los que peleando hasta el último trance perecieron todos los mexicanos.

Tres días descansaron las tropas victoriosas de sus fatigas, y al cuarto se dirigieron á Itzocan, hoy Izúcar, pueblo fertilísimo guarnecido por cinco ó seis mil hombres de tropas mexicanas.

Los de Izúcar opusieron alguna resistencia á la llegada de las fuerzas españolas, pero fueron vencidos.

El Señor de Izúcar, abandonando sus tropas, se puso en marcha para México, lo que visto por aquella nobleza, que sin duda no le era muy afecta, nombró, bajo los auspicios de Cortés, un nuevo gobernador, que adicto á los españoles, recibió á poco tiempo el bautismo.

Las victorias de los españoles hicieron que varios pueblos fueran á rendirles homenaje; entre éstos se cuentan Cuixtlahuaca y parte de la dilatada provincia de Mixtecpam.

Cortés volvió á Tepeyacac cargado de despojos y lleno de honores.

Entretanto, Sandoval en Veracruz vencía á los enemigos de Xalatzingo.

Salcedo, por orden de Cortés, acudió á combatir á los que se habían levantado por el Papaloapan, pero fué envuelto por los

enemigos y derrotado tan completamente, que sólo un hombre quedó vivo, y ese fué quien llevó la noticia á Cortés.

Lleno de sentimiento y deseoso de vengarse, envió á los capitanes Ordaz y Avila, con algunos caballos y muchos aliados, los cuales tomaron la ciudad é hicieron destrozos en sus enemigos.

Pero lo grave del revés de Salcedo fué realmente el descontento que se propagó entre las tropas, al extremo de esparcirse rumores de rebelión al tiempo que los que la promovían insistían obstinadamente en volver á Veracruz.

Cortés, despues de madura reflexion, no sólo prometió á los soldados descontentos el regreso á Veracruz, sino que les dejó en libertad de que volvieran á Cuba, prefiriendo disminuir sus tropas á contar entre ellas elementos de desórden. Las pérdidas que con este motivo tuvo Cortés, fueron reemplazadas muy ventajosamente con las tropas que en auxilio de Narvaez mandaba Velázquez y se le incorporaron gustosas, y con otras fuerzas enviadas por el gobernador de Jamaica al reconocimiento, y que se agregaron al ejército de Cortés.

Los estragos que por este tiempo hacían las viruelas, enfermedad desconocida en el Nuevo Mundo, importada á nuestro suelo por un negro del ejército de Narvaez, dejó vacantes los gobiernos de algunos Estados como Cholula, Ocoteloll y Tlaxcala; los pueblos acudieron á Cortés para que eligiese gobernantes, reconociéndole como árbitro de los destinos de estas tierras.

De la enfermedad terrible de que hablamos, murió el intrépido y heróico Cuiclahuatzin, sucesor de Moctezuma, despues de tres meses de reinado.

Sucedióle en el mando Cuauhtemotzin, sobrino de Cuiclahuatzin, por no quedar ya hermanos de Moctezuma.

Era Cuauhtemotzin un jóven de veinticinco años, valiente y lleno de inteligencia, aunque poco experto en la guerra, de grandes y generosos sentimientos.

Casóse con la viuda de Cuillahuatzin y procuró seguir en un todo las huellas de su ilustre antecesor.

Cortés, ántes de regresar á Tlaxcala, envió á Ordaz á la Corte con relacion minuciosa de lo acaecido, y pidió por medio de Avila auxilios á la isla de Santo Domingo para la conquista de México, despachándole con las instrucciones correspondientes.

Hecho esto, y despues de asegurar perfectamente el camino de Veracruz, emprendió la marcha á Tlaxcala, donde entraron sus tropas de duelo y él vestido de luto por la muerte de Mexicatzin, á quien habia debido muy importantes servicios y á quien profesaba especial cariño.

Nombró Cortés á D. Juan Mexicatzin, sucesor de D. Lorenzo, armándole caballero segun la usanza de Castilla.

Murió tambien por aquellos dias Cuicuizcatzin, rey de Acolhuacan, elegido por Cortés y Moctezuma, y subió al trono Coanacoatzin, enemigo de los españoles.

No desperdiciaba Cortés un solo instante para realizar su pensamiento único, que era la conquista de México.

Infatigable emprendió la construccion de bergantines para botarlos al lago de Texcoco: se proveyó de maderas del monte de Matlacueye y mandó acarrear la jarcia y los útiles que dejó en Veracruz de las naves incendiadas al principio.

Hizo, con ayuda de sus aliados, que momento por momento engrosaban sus filas, inmensa provision de víveres; alentó á sus tropas, moralizó á sus amigos, y todo á punto, anunció su marcha para México.

Dividió su corta caballería en cuatro partes y la infantería en nueve compañías con sus secciones de mosquetes, ballestas, espadas, rodela y picas.

Cortés á caballo, al frente de sus tropas, les arengó con persuasiva y conmovedora elocuencia, cuidando de revestir su empresa con todos los atractivos de la religion y con todos los encantos del patriotismo y la fortuna.

Sus palabras produjeron aclamaciones apasionadas de entusiasmo; llegó al delirio el amor á su jefe y su fe en la victoria.

Por su parte los tlaxcaltecas, que procuraban imitar á los españoles, quisieron hacer ostentacion de sus fuerzas delante de Cortés.

Rompian la marcha las músicas y los cuatro jefes de la República con sus espadas y escudos y sus penachos de hermosísimas plumas.

Seguian cuatro escuderos sosteniendo en sus manos los estandartes de la República; despues, en secciones de veinte en veinte pasaron las tropas bien ordenadas, dejando percibir de trecho en trecho los estandartes particulares de las compañías. El conjunto formaba un ejército de más de sesenta mil hombres, segun afirman Herrera y Torquemada.

Xicotencatl tambien arengó á sus tropas, exhortándolas á la fidelidad á los españoles, avivando su rencor con los mexicanos y ensalzando la perspectiva de gloria que tenian alcanzando el triunfo.

Cortés, de acuerdo con los principales señores de Tlaxcala, publicó un bando prohibiendo, bajo penas severas, las faltas contra la religion, el robo, la riña, las violaciones contra las mujeres y las extorsiones de los indios. Cortés llevó á cabo con toda energía lo ordenado, tanto, que mandó ahorcar dos negros de su comitiva que violaron sus prescripciones.

El 28 de Diciembre, despues de haber oido misa Cortés y su ejército, marcharon con gran número de sus aliados rumbo á Texcoco.

Pasó el ejército por Texmelúcan; el 30 volvieron á ver el hermoso Valle de México, segun creemos, desde Venta de Córdoba. Descendieron, penetraron en Coatepec, y al siguiente dia se dirigieron á Texcoco.

En el camino encontraron sin armas y en són de paz, cuatro mensajeros del rey Coanacoatzin, quienes invitaron á Cortés á pasar á la Corte, suplicándole que se abstuviese de toda hostilidad.

Al mismo tiempo presentaron al conquistador una bandera que pesaba treinta y dos onzas de oro.

A pesar de estas exterioridades, Cortés desconfiando echó en cara á los mensajeros la crueldad para con los españoles, de los indios de Soltepec, quienes les dieron muerte colgando sus pellejos del templo, despues de martirizarlos. Añadió, que ya que las vidas no podian recobrase, las compensasen con oro, intímándoles hicieran la restitution.

Los de Texcoco se disculparon con los mexicanos y ofrecieron desagraviar á Cortés.

Entró Cortés en Texcoco y fué alojado en uno de los magníficos palacios de Netzahualpilli. Muy á poco de estar en Texcoco, notó Cortés la frialdad de aquellos habitantes, la ausencia de las mujeres y de los niños, y otros síntomas amenazadores.

No quedó duda de la disposición del pueblo; efectuóse la fuga del rey en una barca, burlando la vigilancia de Cortés, que bien hubiera querido apoderarse de Coanacoatzin como aprehendió á Moctezuma.

Luego que se divulgó la muerte del rey, se presentaron á Cortés los señores de Huexotla, Coatlíchan y Atenco, á ofrecer sus servicios al conquistador, quien los acogió benignamente brindándoles su proteccion.

Los mexicanos echaron en cara á estos señores su mal manejo y les amenazaron con crueles castigos; pero ellos, léjos de amedrentarse, se apoderaron de los mensajeros y los enviaron á Cortés.

Recibió á los mensajeros Cortés y les preguntó, como si nada sospechase, el objeto de su viaje; ellos le dijeron que sabiendo que los Señores que los remitian tenian buenas relaciones con Cortés, habian ido á solicitar su mediacion para implorar gracia para los mexicanos. Cortés dijo que los trataria como amigos, pero que á la menor hostilidad les haria sentir el peso de su enojo.

La alianza de las tres grandes ciudades que acabamos de mencionar fué de suma importancia para Cortés y aumentó al extremo su poderío y recursos.

El conquistador, desde su llegada á Texcoco, se mostró dulce y complaciente con la nobleza y con el pueblo; exploró con sagacidad la opinion, y conociendo que Ixtlilxochitl tenia allí cierto prestigio, le mandó traer con gran pompa de Tlaxcala, donde se hallaba preso, y le hizo coronar rey con las mismas formalidades y ceremonias que si fuese un rey legítimo.

Era Ixtlilxochitl un jóven de veinte años, que desde que conoció á los españoles se adhirió á ellos apasionadamente; su prision en Tlaxcala despues de la derrota de Otompan, debe más bien atribuirse á precaucion prudente que á hostilidad.

La exaltacion de Ixtlilxochitl al trono, aunque irregular, surtió á Cortés los mejores efectos. El príncipe no fué en el poder sino un fiel súbdito y un dócil instrumento de los españoles. Adoptó sus costumbres, recibió el bautismo y se llamó Fernando Cortés Ixtlilxochitl, tomando el nombre de su padrino Cortés. Cuando se trató de la reedificacion de la ciudad, despues de haber prestado en la guerra servicios importantísimos, procuró arquitectos, albañiles y materiales para las obras que emprendió Cortés.

Ixtlilxochitl murió en 1523, jóven todavía, y le sucedió en el trono su hermano Cárlos, de quien á su tiempo harémos mencion.

Cortés fijó su cuartel general y se fortificó en Texcoco, lugar, como sabemos, abundantísimo en víveres y recursos, que confinaba con Tlaxcala, y que, situado á la orilla del lago, le abria ancha via de comunicacion con México, sin exponer en nada sus tropas.

Despues de los arreglos que hemos indicado, resolvió Cortés atacar á Ixtapalapan, y dejando á Sandoval en Texcoco con una guarnicion de más de trescientos españoles y muchos aliados, marchó con doscientos de los suyos, tres mil tlaxcaltecas y muchos aliados de Texcoco.

Ántes de llegar á Ixtapalapan los españoles, les salieron al encuentro algunas tropas, combatiéndoles ya por tierra, ya por agua, y huyendo como vencidos á refugiarse en la ciudad.

Empeñados los españoles y tlaxcaltecas en perseguir estas

fuerzas, penetraron en desorden en la ciudad, cuyas calles encontraron casi desiertas por haber huido muchos ciudadanos, mujeres y niños, llevándose sus bienes á unas islas del interior del lago.

Entregáronse españoles y tlaxcaltecas al júbilo que les producía tan fácil victoria; derramáronse por la ciudad, saqueándola é incendiándola. Era muy entrada la noche cuando á la luz del incendio percibieron que las aguas del lago penetraban en la ciudad por diferentes canales, cundiendo, inundando y amenazando por todas partes.

Participaron á Cortés el inminente peligro en que se encontraban; tocóse retirada y se abandonó precipitadamente el pueblo; pero al llegar á cierto lugar de salida, las corrientes eran tan impetuosas, que sólo las pudieron vencer con trabajo infinito, pereciendo muchos hombres, y dejando todos sepultado en las aguas el botín riquísimo.

“Si la detencion en la ciudad—dice Cortés—hubiera sido siquiera de tres horas, no hubiera quedado uno solo vivo de los invasores y de los aliados.”

Al siguiente dia regresaron los españoles por la orilla del lago, insultados y perseguidos por los de Ixtapalapan.

Esta expedicion produjo sumo disgusto entre los españoles, no obstante que sus pérdidas fueron de dos hombres y un caballo, y que de los de Ixtapalapan perecieron sobre seis mil hombres.

Cortés, con sumo tino y explotando infatigable los odios que habian sembrado los mexicanos, aumentaba su dominio y alianzas.

Los Señores de Otompan uniéronse á los españoles despues de los sucesos de Ixtapalapan; lo mismo los de Chalco, despues de una sangrienta batalla en aquellas inmediaciones.

Estos chalquenses colmaron de presentes riquísimos á Cortés y al Señor del lugar, que murió de viruelas: ántes de espirar recomendó á sus dos hijos sumision y fidelidad á los conquistadores.

Los mexicanos hacian frecuentes correrías y castigaban cruelmente á los pueblos que se habian aliado con los españoles. Cortés por su parte auxiliaba eficazmente á sus aliados. En aquellos dias los chalquenses pidieron con mayor insistencia el auxilio de Cortés; pero éste, teniendo ocupadas sus fuerzas en custodiar el acarreo de madera para la construccion de los bergantines que proyectaba botar al lago para el asalto de México, propuso á los chalquenses se uniesen á los de Huejotzinco para resistir á los mexicanos. Rehusaron los chalquenses, por antiguos resentimientos, pero al fin los unió el comun peligro, siendo la union en lo futuro consecuente y sólida, y sirviendo ella de apoyo poderoso á Hernan Cortés.

### LECCION DECIMA.

Los chalquenses.—Expedicion de Sandoval y su triunfo.—Alianzas favorables á Cortés.—Soltepec.—Marcha de Sandoval á Tlaxcala.—Conduccion de útiles para los bergantines.—Marcha de Cortés hasta Tacuba.—Varios combates.—Asalto de los indios á Huaxtepec.—Disgusto de Cortés con Sandoval.—Ejecuciones sangrientas.—Reconoce Cortés el mérito de Sandoval.

Templóse la decepcion horrible que sufrió Cortés en Ixtapalapan, con la solicitud con que Otompan y otros pueblos pidieron su alianza, que les otorgó de muy buen grado, poniéndoles por condicion que vigilasen por la seguridad comun y se apoderasen de los espías de los mexicanos, dándole aviso de todas las disposiciones y movimientos de sus enemigos.

Entre estas solicitudes se hizo notable la de Chalco, ciudad populosa situado á la orilla del lago de su nombre, invadida constantemente por los mexicanos, contra quienes ya sabemos que los chalquenses tenian profundo resentimiento.

Organizó Cortés, para la libertad de los chalquenses, una expedicion á cuya cabeza puso á Sandoval con algunos soldados españoles de infantería y caballería, y aguerridas fuerzas tlaxcaltecas. Trabóse la batalla, en que de pronto vencian los mexi-

canos; pero llegando los españoles, hicieron en ellos destrozos, y la poblacion entera de Chalco salió regocijada á recibirlos, haciéndoles los honores del triunfo.

Segun tambien recordamos, el Señor de Chalco, al morir de viruelas, habia recomendado á sus deudos y súbditos la sumision á los españoles; así es que, enviaron á dos hijos de éste y muchos nobles con suntuosos regalos á Cortés, implorando una amistad que fué duradera y conveniente en alto grado al conquistador.

Cortés, despues de haber obsequiado á los dos príncipes, dividió entre ellos el Estado, dándole al mayor la investidura del mando de la ciudad principal con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco y Chinalhuacan.

Despues de esto, los chalquenses, temerosos de la venganza de los mexicanos, enviaron á Texcoco emisarios pidiendo el auxilio de los españoles; pero Cortés, teniendo ocupadas sus fuerzas en la custodia de los bergantines no pudo favorecerlos, y se limitó á aconsejarles se uniesen á los de Huejotzinco, Cholula y Cuauquecholan. Los chalquenses rehusaron este partido, porque los dividian anteriores resentimientos; pero amagados de cerca por los mexicanos, se decidieron por la alianza, resistiendo con buen éxito á los comunes enemigos, y asegurando una union sólida y fiel que duró por dilatados años.

Miéntas se verificaban las alianzas que hemos mencionado, extendiendo y afirmando el dominio de Cortés, éste no perdía un solo instante de vista el objeto privilegiado de sus afanes, que era la toma de México.

Pareciéndole ya llegado el tiempo de que se condujese á Texcoco el maderaje, la jarcia y los útiles todos de los bergantines que estaban en Tlaxcala, envió por ellos á Sandoval con 200 infantes bien equipados y armados, y 15 ginetes arrogantes, encargándoles que ántes de llegar á su destino escarmentasen á los de Soltepec por la muerte en aquel pueblo de los 40 soldados españoles y 300 tlaxcaltecas de que ya hemos hablado.

Los de Soltepec, á la noticia de la proximidad de los es-

pañoles, abandonaron en masa sus hogares, dejando la ciudad desierta; pero los españoles los persiguieron tenazmente y habiendo logrado darles alcance, hicieron en ellos una espantosa carnicería, haciendo esclavos á los pocos á quienes perdonaron la vida.

De Soltepec marchó Sandoval á Tlaxcala, donde encontró todo dispuesto para el transporte de los bergantines.

El primero de éstos fué construido por Martín López, soldado español; los otros doce los construyeron los tlaxcaltecas imitando el modelo.

La conduccion de los bergantines tenia el aspecto de una marcha triunfal: oigamos sobre este punto á Clavijero:

“Ocho mil tlaxcaltecas llevaban á hombro la madera, las velas y todos los demas objetos necesarios á la construccion; dos mil conducian los víveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por tres caudillos principales, que eran: Chichimecatl, Ayotecatl y Teotepetl.”

La comitiva ocupaba, segun Bernal Díaz del Castillo, una extension de más de dos leguas.

A la salida de Tlaxcala marchaban los tlaxcaltecas á la vanguardia; despues ocupó ese puesto Sandoval, no sin resentimiento de sus aliados que creyeron que se les despojaba del lugar de honor.

Cortés, ricamente vestido y con un brillante séquito, salió á recibir la comitiva entre las músicas, aclamaciones y demostraciones de regocijo.

Las tropas gritaban entusiastas: “¡Castilla, Castilla, Tlaxcala!” en medio del más ardiente entusiasmo.

Sin dar la más ligera tregua á las fatigas, Chichimecatl suplicó á Cortés le emplease en la persecucion de los enemigos. Éste aprovechó tanto denuedo, y ocultando el objeto, dispuso una correría con 25 caballos, 350 infantes, 6 cañones y 30,000 tlaxcaltecas.

Dirigióse Cortés primero á Xaltocan, pasando en seguida á Cuautitlan, Tenayucan, y por último, situándose en Tacuba,

donde pensaba ó celebrar convenciones con los mexicanos, ó hacerse de noticias para el mejor logro de sus miras.

En todas estas poblaciones encontró resistencias heroicas que venció al fin con esfuerzos extraordinarios; le acompañaban la matanza, el incendio y el saqueo; la guerra era espantosa; los ancianos, las mujeres y los niños huían despavoridos á los montes, dejando las ciudades convertidas en ciudadelas formidables.

En Tacuba, donde hicieron parada los ejércitos aliados, los tlaxcaltecas prendieron fuego á gran parte de la ciudad: cuando no combatía en masa el ejército, había desafíos parciales entre tlaxcaltecas y tlacopanecas, y cuando á todos los rendía la matanza, se levantaba una grito de atroces oprobios que terminaba con la renovacion de la encarnizada lucha.

Empeñados los españoles con estas refriegas espantosas, llegaron á las cercanías de la ciudad hasta los últimos fosos, testigos en otro tiempo de su derrota. Allí las fuerzas de los mexicanos los atacaron con tan desusado brío, que perdieron los españoles cinco soldados, quedando heridos otros muchos y multitud de tlaxcaltecas. Cortés se vió obligado á retroceder á Texcoco, hasta cuyas puertas le siguieron los mexicanos, llenándoles de insultos y haciendo estragos en los tlaxcaltecas, interpretando su retirada como un acto de vergonzosa cobardía.

Los tlaxcaltecas, habiendo recogido en su expedicion valiosos despojos, pidieron permiso á Cortés de conducirlos á su tierra, á lo que gustoso accedió el conquistador.

Dos días despues de la llegada de Cortés á Texcoco salía Sandoval en medio de los chalquenses, amenazados por un grueso de ejército mexicano situado en Huaxtepec, lugar célebre por su industria algodонера y sus jardines, distante quince millas de Chalco. En el camino sufrió Sandoval por dos veces el ataque de las fuerzas mexicanas, que desbarató sin gran dificultad, descansando y curando á sus heridos en Huaxtepec; pero apénas alojados, fueron hostilizados con furor por los mexicanos que tenían sus cuarteles en Tecaputla, ciudad considerable situada

en la cima de una elevada montaña á seis millas de distancia de Huaxtepec.

Sandoval envió á los de Tecaputla mensajeros de paz, que fueron rechazados con arrogancia; entónces decidió el asalto de aquel monte riesgósimo, casi inaccesible para su caballería, no sin zozobra de los Tlaxcaltecas: los mexicanos defendían rabiosos sus posiciones, lanzaban nubes de dardos y de piedras, precipitaban con estrépito enormes peñascos que, partiéndose, se convertían en proyectiles que hacían gran daño á sus enemigos.

Españoles y tlaxcaltecas malheridos, cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, con los caballos medio derrengados y llenos de fatiga, ascendían sin vacilacion entre los gritos, los lamentos y el estrépito inaudito del combate.

Tanta fué la sangre derramada, que Cortés asegura que por más de una hora corrieron enturbiadas con ella las aguas de un arroyo que pasaba á la falda de la montaña, sin poder los combatientes apagar la sed. En esta jornada pereció Gonzalo Domínguez que fué universalmente sentido.

Llenos de rabia los mexicanos al saber los sucesos de Tecaputla, enviaron dos mil hombres contra Chalco; los chalquenses imploraron el auxilio de Sandoval, cuando éste venía casi en derrota de Tecaputla. Cortés, interpretando con ligereza aquella sucesion de hostilidades como el resultado del descuido de Sandoval, sin permitir que tomara descanso alguno le obligó á que le siguiese, y se dirigió á Chalco, donde chalquenses, huejotzincas y cuauquecholenses aliados habían derrotado á sus enemigos pasando á cuchillo muchos de ellos y cogiendo cuarenta prisioneros, entre ellos un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los chalquenses á Sandoval y por conducto de éste á Cortés. Éste conoció lo injusto de su procedimiento contra su invicto capitán, y le colmó de distinciones y de honores, tratando de borrar en su ánimo el recuerdo de su injustificable procedimiento.